

Crónicas del deSmundo V

ROBERTO BAÑUELAS

Un día, después de regresar de la oficina, su marido salió a comprar cigarrillos. Han pasado más de treinta años y ella en las tardes frescas, se sienta atrás de la ventana: desde hace muchos veranos y los mismos inviernos, la señora Gilsen se pregunta si es una esposa abandonada o una viuda sin información

Los indios de Norteamérica, para aprender con facilidad el inglés, comienzan por memorizar todos los insultos contra el dominio del cara pálida.

Los libros galardonados y premiados como “best sellers”, también contenían algunas ideas perturbadoras que los lectores confundieron con variantes del humor negro.

Ese escritor negro sabe que su misión histórica es denunciar y juzgar con argumentos universales la persecución y la segregación racial de la que son víctimas innumerables pueblos que son, como todos, habitantes y dueños del planeta. Con orgullo y entereza declaró:



Peter Saxer

“No debemos renunciar a la negritud. Si un tigre renunciara a su tigritud, ¿qué quedaría de él?”

El novelista triunfante, frente a las cámaras de televisión, hace declaraciones con dedicatoria a los críticos que más que joderlo le deseaban la muerte cada día. “Gracias, gracias por esta amable e inteligente entrevista. ¡Léanme, y ustedes y yo, saldremos ganando!”

Los colores líquidos chorrean sobre la tela. Cuando ya está empapada toda la superficie, el pintor arroja arena, un puñado de lentejuelas y dos o tres escupitajos para que seque y fragüe con mayor consistencia.

Hay matrimonios que duran de veinte a veinticinco años, mientras crecen los hijos y se forman profesionalmente; luego, entre las decepciones del armisticio que sigue a la guerra del divorcio, cada cónyuge se obstina en buscar otro sustituto del paraíso y el infierno.

Todas las casas del barrio fueron pintadas y los árboles podados con cierta estética de peluquería; no circulaba ningún automóvil ni había perro que ladrara en busca del que se creía su amo. La soledad, densa y gris, hacía pensar que todos se habían ido de vacaciones al otro lado del mundo o a otro planeta. En el siguiente barrio, una tienda de abarrotes era abierta con inalterable puntualidad en espera del único cliente, materializado en una prostituta morena que, en ese pueblo fantasma, ya estaba a punto de recuperar la lejana virginidad.

En una ciudad con avenidas amplias y prolongadas hasta las playas del horizonte, los edificios solitarios aprovechan el aullido del viento para tener con qué llorar su abandono. Hay un bar donde sólo animan con su presencia, el que sirve y dos mujeres que beben refrescos y hablan del reciente pasado en que había hombres que podían adquirir el grado de maridos en la batalla de la existencia.

El refrigerador, el frigorífico, la nevera, como lo designen en uno o en otro país, aquí, en las casas de los residentes de Norteamérica, la máquina que congela, enfría y prolonga la duración de los alimentos terrestres

y marinos, el gran armatoste, con compartimentos especializados, acumula paquetes de comida semi-preparada, embutidos, aves, quesos, barras de mantequilla, panes envueltos en plástico transparente, tocino rebanado, piernas de pollo y pavo que no alcanzaron la mayoría de edad, litros de leche, potes con mermelada, frascos de salsas, pasteles, salmón y pescados de formato menor, postres, cremas, dos botellas de vino blanco que llegaron de la cava y... Todo lo comible y defecable para que sus dueños se convenzan de que viven en el país de la abundancia donde existe el verdadero Dios, en el reino del sabor, en la fuente inagotable del colesterol y la adiposidad victoriosa. Vivir y dar la vida, si fuere necesario, por este imperio iluminado del hartazgo como nunca existió en ningún país dominante frente a un pasado histórico preñado de mentiras y horrores.

La vida de los triunfadores se ostenta en gigantescos escudos de publicidad donde el deslumbrante coche es conducido por una estrella de cine con sonrisa profesional. En ambos lados de la gran avenida hay calles paralelas donde la miseria tiene su reinado de abandono, suciedad, desempleo y rencor que estalla desde los sermones religiosos hasta los discursos que convocan al ajuste de cuantas pendientes que comenzaron con la esclavitud de los tatarabuelos.

Las luces de las marquesinas rivalizaban ventajosa y agresivamente con la fatigada luz del crepúsculo que resbalaba desde los rascacielos y algunos cuadrados de azul que asombran en una segunda altura. Abajo, por las aceras, la multitud se proyecta en direcciones opuestas para llegar a otra repetición de la rutina del calendario y de la existencia.

En aquella cafetería-bar que nunca cerraba, la abundante iluminación ponía en total evidencia la soledad perfeccionada de los parroquianos que se turnaban para dar algo de presencia humana al lugar, abierto las 24 horas.



Jusue

Si el temor y las súplicas a Dios se transformaran en algo material como el polvo o la arena, con semejanza al creyente angustiado, aunando la omnipotencia de un ser sobrenatural, en todas las zonas del planeta donde existen los tristes y los vencidos, hubieran surgido gigantes parecidos a montañas y pirámides. Entre teólogos, sacerdotes, brujos, chamanes y fanáticos de la misma ultravisión, quieren obligar a Dios a que se muestre aunque no exista.

El paraíso era cualquiera de las selvas vírgenes, dos millones de años antes de que el hombre perfeccionara su capacidad depredadora. Adán y Eva, consecuentemente, eran sólo la aproximación de dos antropoides analfabetos.

Ahora, cuando los edificios nos han vedado el horizonte, tenemos por prisión la ciudad pestilente de gasolina quemada y miasmas de carros asmáticos arrastrándose atrás de los coches de lujo o nuevos y relucientes. El tiempo, tan real como la fatiga, es propiedad de los empleadores que cada día nos pagan por fragmento de vida que se va para siempre.

La conquista material se logra en la mujer que está dispuesta a amarnos desde el niño que éramos hasta el anciano que nos espera desafiando a la muerte a la vuelta de un tiempo tejido con la esperanza de contemplar otra aurora.

El abominable futuro nos instala en un presente de prisas y urgencias para encontrar el bastón y, como animales de tres pies, ir en busca de la dentadura postiza que ha adquirido la manía de salirse del vaso de agua y recorrer la sala para podar los hilos verdes de la alfombra.

Con la edad, del dicho al lecho aumenta el trecho.

Aunque no dominaba ni el griego ni el latín, practicaba con disciplina otras lenguas.

Era ya más de la medianoche y el desencanto de un vals seguía sonando en la orquestina contratada para celebrar el aniversario de la quinceañera y de su hijo que había nacido en una lejana provincia donde unas tías solteras se harán cargo del futuro salvador de la patria.

La mejor curación contra el reuma se logra haciéndose morder por las hormigas mientras cigarras cantan el himno a la holganza tradicional. 🐜